

Ascensión del Señor – VII domingo de Pascua (17-05-26)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo
(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Recibimos con gran alegría a nuestros hermanos de Paucartambo, cuya devoción es el Señor de Áncara. Estamos muy contentos de recibirlos. He vivido cinco años en Cerro de Pasco, he pasado por uno de los pueblos que baja a Paucartambo y conozco muy bien lo alto que es. Hoy día, justamente, es la Ascensión, por lo que coincide perfectamente. También recibimos al administrador parroquial, el Padre Daniel. Y recibimos al Padre Luis con sus niños del coro de san Lucas. Agradecemos su presencia.

La Ascensión tiene mucha importancia para nosotros porque el Señor no se va para ser indiferente a nuestras realidades, sino para dejar que todo lo que nos ha enseñado, a través de sus discípulos, podamos continuarlo nosotros actuando y haciendo lo mismo que Él hizo: caminar, dirigirse a las personas, dirigirse a los pueblos. Y les invita - como ha dicho el Evangelio de Mateo (28,16-20) – a acercarse a todos los pueblos de la tierra.

La misión de ser cristiano es dar testimonio del Dios que nos ama. Jesús mostró el rostro amoroso de Dios porque se acercó y bajó. Y, bajando, se anonadó. Tenemos la linda Carta a los Filipenses (2:6-11) que dice: *“Él, siendo de condición divina, no retuvo para sí su categoría de Dios, sino que se despojó de sí mismo, se anonadó para hacerse un siervo. Y pasó por uno de tantos, y murió como esclavo, con una muerte, y una muerte de cruz”*. Miren hasta qué punto se ha abajado el Hijo, llamado por el Padre a identificarse

con nosotros, a predicarnos su amor, para decirnos: “Ningún ser humano está excluido de mi amor”.

Y, por eso, Dios lo resucitó y *“lo elevó, le dio el nombre sobre todo nombre, para que toda rodilla se doble en el cielo y en la tierra y toda lengua pueda proclamar: “Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”*. Esta relación que hay entre el que “baja del cielo” y el que “sube”, no es una especie de arribismo; al contrario, es un despojamiento.

Hemos celebrado la semana pasada el Día de la Madre. Nuestras madres se quitan de la boca la comida para poderla compartir con el niño y sufren por nosotros. Ellas son las primeras imágenes de Jesús que tenemos: el abajamiento de las mamás. Y también todos estamos llamados a eso para ser un pueblo capaz de vivir con alegría, para ser una humanidad alegre en el Señor, porque nos donamos mutuamente los unos a los otros. Por eso aprendemos a ser como es Dios, a seguirlo, a ser sus discípulos en Jesús. Ustedes tienen una Hermandad del Señor de Áncara, ¿no es cierto? Y en esa hermandad aprendemos a ser hermanos, no a competir y a pelearnos unos contra otros.

Y hay algo muy importante: Como es una cosa difícil de entender, porque es normal que todos busquemos desarrollar lo que somos, el Señor ***siempre está educando a sus discípulos***. Incluso, después de su resurrección, se aparece a ellos. Ellos están reunidos en un lugar y ***les da instrucciones, los guía***. Y, luego, les da la instrucción más importante que está en el Evangelio de Mateo, en donde dice: “Vayan a todos los pueblos y bautícenlos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. El Señor dice: ***“a todos los pueblos”, no excluye a ninguno***.

Esto es importante entonces porque Dios quiere que toda la humanidad se hermane. Estamos viendo, por eso, la

importancia que tiene para el Papa León XIV el tema de la paz en el mundo actual, porque han surgido riñas, han surgido intereses que están destruyendo a las personas y a los pueblos. Y Dios nos educa en cómo podemos ser hermanos siendo hijos de Dios.

¿Qué importancia tiene el ser hijo? El que reconozco que en Dios hay solo amor paternal y, por tanto, Dios no es una amenaza. Muchas cosas se nos han pegado a los cristianos y a los católicos de religiones creadas por los seres humanos, que son sinceras, pero son imperfectas. La perfección viene por la Revelación que Dios mismo nos hace de Él, y a través de su Hijo se revela como Padre. Y es un Padre que ama a todos, no excluye a nadie.

Incluso, en el Antiguo Testamento, eso no se entendía. Si ven el Deuteronomio, dice: *“Yo amo a los que me aman y odio a los que me odian, y destruyo a sus personas”*. Se asusta uno con Dios, ¿no? Lo que pasa es que todavía el pueblo de Israel ha recibido una revelación, pero todavía es interpretada muy libremente y hay varias escuelas de pensamiento que están mezcladas en el Antiguo Testamento.

En el Nuevo Testamento no ocurre eso. Dios es Padre de Jesús y Él nos viene a revelar que es Padre de todos y que, siendo hijos, estamos llamados todos a ser hermanos. A pesar de eso, a veces se piensa: *“Pero también hay un juicio final y nos pueden condenar por el juicio final”*. Vamos a ver cuál es la fórmula: Dios no condena. Yo puedo decidir autoexcluirme y decir: *“Yo no quiero. No quiero reconocer a Dios como Padre ni yo ser hijo ni ser hermano”*. Me emperrechino en eso. Bueno, en ese caso, cada uno se autocondena.

Los seres humanos nos autocondenamos si nos emperrechinamos en ciertas cosas. Y Dios siempre estará a la espera. *“¿Cuándo? ¡Cuándo recapacita un poquito!*

¿Cómo hacemos para que no se pierda?”. Pero hay algunos que “erre que erre, que erre...” Eso se llama egoísmo, eso se llama centrarse en sí mismo, y no en lo que somos realmente todos los seres humanos, que somos abiertos para los demás, somos para relacionarnos, para, además, criticarnos, hacernos reflexiones si acaso nos va mal, para corregirnos mutuamente y reconocer los errores. Pero hay personas que se encierran y parecen más diablos que personas. Y eso nos da mucha pena.

Por eso, la educación que el Señor nos da es una educación humana, que quiere, ante todo, formar a la persona para que sea libre, para que crezca y pueda constituir una relación de hermandad que dé vida a todos. Y todos hemos de ir aprendiendo poco a poco ese camino.

Quería decir eso porque se está infiltrando en el corazón de nuestro país el convertir la educación en un negocio. Y esa infiltración impide completamente que las personas que estudian se formen como seres humanos al servicio de los demás. Y que, entonces, estén saliendo, especialmente de las universidades, gente egoísta que nos está destruyendo a todos. ¿Por qué? Porque se convierte la universidad en un negocio. Digo esto porque hoy ha salido en un periódico, en primera plana, que yo he dicho eso. De una vez vamos a explicarlo porque tiene relación con la educación del Señor.

Para el Señor la educación de nosotros no ha sido ningún negocio. Ha sido una entrega generosa. Nos ha educado en su amor. Y toda la Iglesia, a lo largo de la historia, recuerda eso. Recuerda que Él nos educó dando su vida por nosotros. Y nosotros lo recordamos en muchos de los héroes nacionales que, para nosotros, son mártires porque dieron su vida, porque nos enseñaron a ser como Jesús.

Pero, ahora, la moda es: “Convirtamos las universidades en negocios para sacar nuestra buena ganancia”. Y no importa

que el país se destruya, no importa que se hunda. Esa indiferencia está llevando a cosas como las que hemos visto esta semana y estamos preocupados porque en una parte está la primera universidad nacional del Perú, San Marcos; y también está nuestra primera universidad católica, en donde la tentación se está metiendo.

Y nosotros venimos a pedir al Señor, hoy día, que espante de nosotros una educación que lo único que busca es ganar dinero y olvidarse de las personas, especialmente las más pobres. No voy a tratar este tema aquí. En estos días tendrá que haber una serie de modificaciones que se van a proponer. Pero sí pensemos que esta gratuidad del Señor tiene relación con la gratuidad de la educación.

Qué bonito que el Estado aprobó eso, por lo menos, en la primaria, y también en el nivel secundario en algunos colegios y en el nivel universitario. Yo mismo he estado en San Marcos sin pagar casi nada, alguna vez la matrícula. Yo me debo, como estudiante y como estudioso, al pueblo y al servicio, inclusive, sin cobrar nada. Es necesario que hagamos eso todos. Y, si se tiene que ganar algo para vivir, que sea lo suficiente, no a manos llenas, como algunos quieren llenarse los bolsillos. Y, por eso, ocurre esta cerrazón y esta dureza para cambiar.

La ideología del dinero, hermanos y hermanas, es el principal enemigo del cristiano y es el principal enemigo de Dios. Jesús no dice: "No pueden amar a Dios y amar al diablo". En el evangelio se coloca como enemigo al diablo, pero esa frase no la ha dicho exactamente Jesús. Mas bien Jesús dijo: "No pueden amar a Dios y al dinero (*mamona*)", que significa "dios dinero". Y, justamente, educa a sus discípulos en tener una actitud completamente diferente.

¿Saben que el dinero parece mucho más peligroso para Jesús que el diablo? Pero ¿saben por qué? Porque ustedes

al dinero lo ven crecer, lo “cultivan”, con el monedero virtual “yape”, y con todos esos instrumentos que hay ahora para que crezca, ¿no?. Y, entonces, lo “cultivamos” y lo “adoramos”, le prendemos velitas. Y muchas personas se dejan engatusar por eso y empiezan a introducir en la propia educación una finalidad que no puede ser la que nos dirija en la educación en el Perú.

Por eso, hermanos y hermanas, este es un día un poco triste porque estamos viendo este arreciar del dinero en distintas situaciones, como en las universidades. Pero, también, es un día alegre porque los jóvenes han reaccionado y han reaccionado muy lindo. A pesar de que algunos se han equivocado haciendo actos un poco fuertes. Vamos a pedirles que se calmen un poquito y veamos cómo se ordenan las cosas y se acuerden. Pero, ciertamente, es un honor tener una juventud que dice: “Si no va contra mí!... pero va contra los que vienen el próximo año, entonces, yo protesto, porque también los del próximo año son mis hermanos”.

Y, sucede algo similar también, con personas que están pidiendo en otra universidad: “que no haya reelección, porque ya hemos visto que es un caos en ese tiempo nuestra universidad nacional, por favor, no se quieran reelegir eternamente para gobernar y hacer cosas terribles”.

Las actitudes de los jóvenes, hoy día, son las de clamar solidaridad, por una sociedad que atienda a todos y superar la indiferencia y la ambición del dinero.

Que todos, así como gratuitamente educamos a nuestros hijos y los ayudamos y nos da alegría que vayan creciendo, que tengamos el respaldo de una educación como la que dio Jesús, gratuitamente, hasta entregar su vida completamente. Y solamente cuando se recuerda la entrega gratuita de quienes nos dan la vida, como Jesús, uno también dice: “Yo

sigo este camino. No importa que me quede sin un centavo, porque estoy para servir y no para ser servido”.

Que Dios nos ayude en este tiempo y que el Señor, que nos acompaña ahora, como desde Pasco, con profunda devoción por parte de ustedes, nos acompañe en este camino de generosidad y de gratuidad que nuestra humanidad está llamada a tener porque vive aquí un Dios que nos ama gratis y no nos cobra.

Amén